RESEÑAS

Rafael Mondragón y Diana Fuentes (comps.), *Pensar crítico y crítica del pensar: Coordenadas de una generación*, 2014, México, STUNAM / Yod Estudio, 175 pp.

RECEPCIÓN: 3 de marzo de 2015.

APROBACIÓN: 17 de diciembre de 2015.

Todo concepto tiene grietas: el concepto del comunismo, el de la ideología, el del capitalismo e incluso el de la lucha de clases. Cualquier realidad igualmente puede ser pensada desde sus fisuras, porque ninguna realidad es homogénea: hay resquicios, resquebrajaduras y grietas por las que se asoman sus contradicciones, sus fragilidades y sus posibles metamorfosis. De hecho, debería ser un imperativo hacerlo de esa forma: pensar de esa forma.

En *Pensar crítico y crítica del pensar: Coordenadas de una generación*, primera publicación de la colección Cuadernos de Consideraciones, editada por el STUNAM y Yod Estudio, se ratifica este imperativo de pensar no desde las ruinas ni desde los márgenes, sino desde las grietas, como lo sugiere John Holloway en *Crack capitalism* y lo retoma Gavin Arnall, uno de los autores de la compilación realizada por los jóvenes académicos de la UNAM Rafael Mondragón y Diana Fuentes.

El libro reúne seis lúcidos ensayos teóricos que invitan a asomarse a los intersticios de los conceptos: a las hendiduras por las cuales se pueda atisbar un mecanismo que permita desencadenar procesos y prácticas revolucionarias, hacer y quehacer, en suma, acontecimientos, como lo formularía el filósofo francés Alain Badiou, para actualizar conceptos y transformar realidades.

Precisamente una de las virtudes de los ensayos es la de plantear conceptos, como el del comunismo, ya no como una mera hipótesis, tal como lo sostiene el mismo Badiou, sino como una realidad que se manifiesta en diversas prácticas “de resistencia contra la apropiación privada y en toda acción de reapropiación colectiva” (pp. 89-90).

RESEÑAS

Por ejemplo, Arnall retoma al pensador hegeliano Bruno Bosteels y propone “una visión del comunismo no como una utopía lejana para la cual la realidad inevitablemente fracasa en ofrecerle un complemento adecuado, sino como algo que ya está dado aquí y ahora” (p. 89). Y en esa facticidad, el comunismo se cumple como actualidad política, como realidad efectiva capaz de expandirse y de trastocar los principios de la sociedad.

Claro que la sola acción en la cotidianidad marca límites a la praxis (concepto que, por otro lado, Arnall no retoma en su estudio y que es fundamental para la articulación de una teoría política desde el marxismo), pero al menos coloca el dispositivo del comunismo en la cotidianidad y lo liga con otro tipo de haceres e intervenciones que lo pueden potenciar y complementar con la práctica política.

Yeyetzi Cardiel, otra de las autoras del libro, señala en su respuesta a Arnall la tensión entre el hacer concreto y el trabajo abstracto y propone retomar la lucha de clases a partir de la relación entre fuerza de trabajo y relaciones de producción, recuperando el potencial subversivo del hacer humano. Además, indica que “la tradición crítica —que no se reduce a la academia— sigue apostando, en contraposición al cinismo posmoderno, al fatalismo, y al decreto del ‘fin de las ideologías’, por la esperanza, la revolución y la actualización del comunismo” (p. 101).

La articulación dialéctica de estos dos ensayos es lo que se echa de menos en el resto del libro, a pesar de que el comité editorial de Cuadernos de Consideraciones, integrado por Octavio Solís, principal impulsor de este proyecto, Heriberto Mojica y los compiladores, indique en la introducción que estos ejercicios se fomentarían en las siguientes publicaciones de la colección, con el fin de organizarse “como una red de réplicas y contrarréplicas, conversaciones y preguntas” (p. 12). Y estas actividades se echan de menos puesto que el diálogo entre Arnall y Cardiel es sumamente provechoso por las perspectivas teóricas y políticas que abren en torno al concepto de ideología, un concepto muy frecuente en el pensamiento mexicano de los últimos cuarenta años, por ejemplo en la obra de filósofos como Luis Villoro, Adolfo Sánchez Vázquez y Carlos Pereyra. Una lectura atenta de los ensayos de estos pensadores, junto con los de Gavin Arnall y Yeyetzi Cardiel, contribuirá a trazar una línea de continuidad en la reflexión teórica sobre el concepto de ideología y a ampliar el ámbito para problematizarlo en sus vertientes epistemológicas y políticas.

También se echa en falta esa conversación entre más autores, porque hay dos ensayos problemáticos que requerirían mayor atención y análisis,

así como posibles respuestas: el texto de Cintia Martínez Velasco, dedicado al feminismo, y el de Gustavo Roberto Cruz, que aborda el denominado “indianismo”.

En el ensayo de Martínez Velasco se hace un repaso de la historia del feminismo: desde Olympe Gouche y “su reclamo al sexismo que acompañó a la Revolución francesa en 1791” (p. 51), hasta Simone de Beauvoir y su distinción entre sexo y género, así como las transformaciones del feminismo teórico o “posfeminismo” que impulsaron Judith Butler y Eve K. Sedgwick en la década de 1990. A partir de esa tradición de pensamiento, la autora intenta embonar con el “movimiento de mezquitas” emprendido por musulmanas de Egipto, que querían recuperar la identidad de la mujer musulmana en su propio contexto, asumiendo libremente distintas prácticas de esa tradición e incluso reivindicándolas como “virtudes islámicas”. De acuerdo con la autora, esta resignificación de la tradición islámica y la revaloración del papel de la mujer abre una perspectiva diferente que trastoca de manera profunda el sentido del feminismo y posfeminismo teórico y lo cuestiona, ya que “el feminismo en su pluralidad es una de las muchas corrientes de pensamiento que nos dejan ver la urgencia de comprender las teorías en su contexto” (p. 50).

Ahora bien, esta tentativa tendría que ser revisada y analizada profundamente para determinar sus alcances, ya que el hecho de que algunas musulmanas asuman con libertad el sitio que el islam les confiere (en el que se les pide que sean tímidas para ser dignas del profeta Mahoma y que se esfuercen para alcanzar esa “virtud”), no nulifica la sumisión real que sufren las mujeres en los países islámicos ni la inconformidad de otras tantas por estar sujetas a ese modelo religioso.

Lejos, pues, de intentar defender la tradición del feminismo teórico, esa corriente intelectual que, por otro lado, parte de muchos supuestos igualmente problemáticos como aquel que sostiene que el concepto de “mujer” es una categoría con un “carácter represivo” (p. 53) o una mera construcción cultural realizada a lo largo de la historia, criterio que también se aplicaría al concepto de “hombre” y, en cualquier caso, a todos los demás conceptos posibles, solo plantearé algunas preguntas. La primera es: ¿qué tanto el despliegue de una práctica determinada en la tradición misma, en este caso la islámica, no es más bien un repliegue en un neoconservadurismo teológico y religioso? ¿Acaso el hecho de replantear el uso del “hijab” (velo) por parte de las musulmanas como una virtud “islámica” no es más bien reiterar la tradición religiosa en

RESEÑAS

aras de un obsesivo afán identitario, en lugar de cuestionarla y mostrar sus verdaderos límites?

Apelar a la identidad singular o particular —la tradición musulmana— en aras de una refutación de un supuesto universalismo dominante —la cultura “occidental”—, ¿no es salirnos de ciertos modelos de racionalidad, ciertamente universales, que han permitido la convivencia y la aparición de perspectivas críticas en el mundo?

Tan solo hay que recordar que fueron los militantes comunistas los primeros individuos exterminados en Irán cuando la revolución conservadora islámica triunfó e impuso un Estado teocrático en 1979 con el ayatola Jomeini. Igualmente, los recientes actos terroristas del fundamentalismo islámico en París, son indicadores de ciertas prácticas de violencia política cada vez más frecuentes en las que se evidencia el papel que cumple la religión islámica en el extremismo político. Ciertamente, el fundamentalismo no se reduce al islam, pero como lo ha señalado el filósofo Gustavo Bueno, tampoco se puede entender sin él.

Por esa razón, la intención de reivindicar la tradición, la religión islámica o la identidad particular no puede ser, a mi juicio, el resorte de una auténtica acción política revolucionaria ni tampoco el impulso de un ejercicio de reflexión crítica en el plano teórico.

202 En ese sentido, la misma tentativa de partir de un horizonte contrario al “eurocéntrico” (así denominado por la “filosofía de la liberación”) lleva a Gustavo Roberto Cruz a reivindicar al “indianismo” como una alternativa frente a lo que él juzga como el dominio de Occidente sobre los “pueblos indios”.

En su ensayo reconoce que el indianismo es una ideología política, es decir, un tipo de discurso que articula la acción organizativa de ciertos grupos en función de determinados objetivos o intereses políticos. En la perspectiva del indianismo, esos intereses y objetivos políticos no son otros más que los de la liberación de los “pueblos indios” del dominio occidental.

Pero el indianismo no solo es una ideología política, sino que fundamentalmente es una elaborada construcción discursiva realizada por intelectuales universitarios como Fausto Reinaga en la década de 1960. Es decir, “el indianismo existe por obra de universitarios que se afirman a sí mismos como indios” (pp. 138-139), escribe el propio Gustavo Roberto Cruz. Estos autores reivindican una supuesta identidad india con la que, al parecer, un grupo numeroso

de bolivianos se diferenciaría radicalmente de Occidente y lograría su liberación completa a través de la fundación de una nación india.

El propio autor reconoce los límites de esa ideología por su carácter esencialista o su “racismo invertido”, pero termina por justificarlos con argumentaciones que parten del discurso de la diferencia y de la radical otredad del “indio” frente a Occidente.

Estas ideologías políticas, como el indianismo y otras ideologías religiosas que buscan reivindicar la tradición islámica con la finalidad de trazar una línea de demarcación entre Occidente y su “otro”, no solo se caracterizan por la común obsesión por cuestionar la cultura occidental de la cual los hispanoamericanos necesariamente formamos parte, sino que también confunden las inevitables insuficiencias de esa cultura con los valores éticos y políticos sobre los que se ha erigido y que han favorecido el desarrollo de una civilización racionalista que posibilita la crítica, el disenso y el libre examen.

La tradición del pensamiento crítico debería, entonces, ser la primera en asumir y defender esos valores de la cultura occidental, porque son los que han permitido el surgimiento de una racionalidad política que se expresa en la laicidad, la libertad de expresión y la posibilidad de evidenciar y cuestionar de manera radical las deficiencias de ese mismo proyecto civilizatorio.

Pensar crítico y crítica del pensar es un libro, pues, que obliga al debate, que nos hace reflexionar sobre todos estos temas y percatarnos de otros más, como el papel de los afectos en la conformación de los procesos organizativos en los movimientos sociales, tal como lo ilustra Rafael Mondragón, o a tomar consciencia del desarrollo del marxismo en América Latina, desde el pensamiento de José Carlos Mariátegui hasta la teoría de la dependencia de André Gunder Frank y de Fernando Henrique Cardoso, como lo muestra David Gómez Arredondo.

Pero también *Pensar crítico y crítica del pensar* es un libro doble, quizá triple. Intercalados con los ensayos teóricos, aparecen textos de los poetas mexicanos más jóvenes, como Miréia Anieva, Lauri García Dueñas, Mara Pastor, Javier Raya, Yaxkin Melchy y Emmanuel Vizcaya. De hecho, un poema de Javier Raya, “Disentimientos de la nación (spoken remix)”, abre la compilación con versos provocadores: “Cuando veo que es más fácil en este país / conseguir mota, perico, pastas, polvo, piedra / que una hoja rosa del IMSS, / que una ficha para la universidad, / yo disiento. / Yo disiento de tu versión de la salud / como enfermedad que se cura a balazos. / Yo disiento de tu versión de

RESEÑAS

la educación que deja a las mentes más brillantes / de mi generación / condenados a empleos de telemarketing / o viviendo con sus padres hasta los 30, / cogiendo sin hacer mucho ruido” (pp. 19-20).

Es también un libro triple porque tiene la intención de anudar teoría, poesía y acción, es decir, de volver a articular la dimensión intelectual, estética y política —la teoría y la praxis, pero también la *poiesis*— en los movimientos sociales y políticos que buscan asomarse a las grietas del capitalismo del siglo XXI y desde ahí construir alternativas radicales que transformen el mundo.

ALFONSO VÁZQUEZ SALAZAR
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM